

«Las montañas son el mejor lugar del mundo para pensar»

Tras vender más de cien mil copias en Alemania, el austriaco Robert Seethaler publica en España la epopeya de un hombre corriente, Andreas Egger, para quien «las montañas respiraban»

ALFONSO ARMADA

Antes de saber que Robert Seethaler (Viena, 1966) tiene los ojos frágiles su mirada cautiva como un raro imán de agua. Azul de alta montaña, el de su fascinación infantil por la nieve y el silencio, que comparte con Andreas Egger, el protagonista de su novela *Toda una vida*, que ha vendido más de cien mil ejemplares en Alemania. Novelista que tiene fibra y conciencia de actor (sabe seducir a la cámara. Ha trabajado en *La juventud*, la última película de Paolo Sorrentino). Hablamos en la sede berlinesa de su editorial, literalmente a un tiro de piedra de Checkpoint Charlie, en la Friedrichstrasse, emblema de la guerra fría, convertido en atracción turística. **¿Qué representan los Alpes para usted?**

–Yo nací en Austria, soy austriaco de corazón, aunque viva en Berlín. Desde los cuatro años me llevaban a la montaña para esquiar y siempre he tenido mucha relación con los teleféricos [Egger se desloma montando teleféricos en las cimas austriacas], que me llevaban montaña arriba. Para mí el silencio de la montaña y de lo blanco se han quedado profundamente grabados en la memoria. En la montaña solo estaba el color blanco y el silencio, y por eso me quedaba conmigo mismo. La montaña es el mejor lugar del mundo para pensar. **–En el nombre del Padre, del Señor, se han cometido y se cometen todo tipo de atrocidades. ¿Cuándo empezó a cambiar el papel tan rígoroso de la religión en Centroeuropa, o**

Historia de un héroe anónimo

Toda una vida
Robert Seethaler



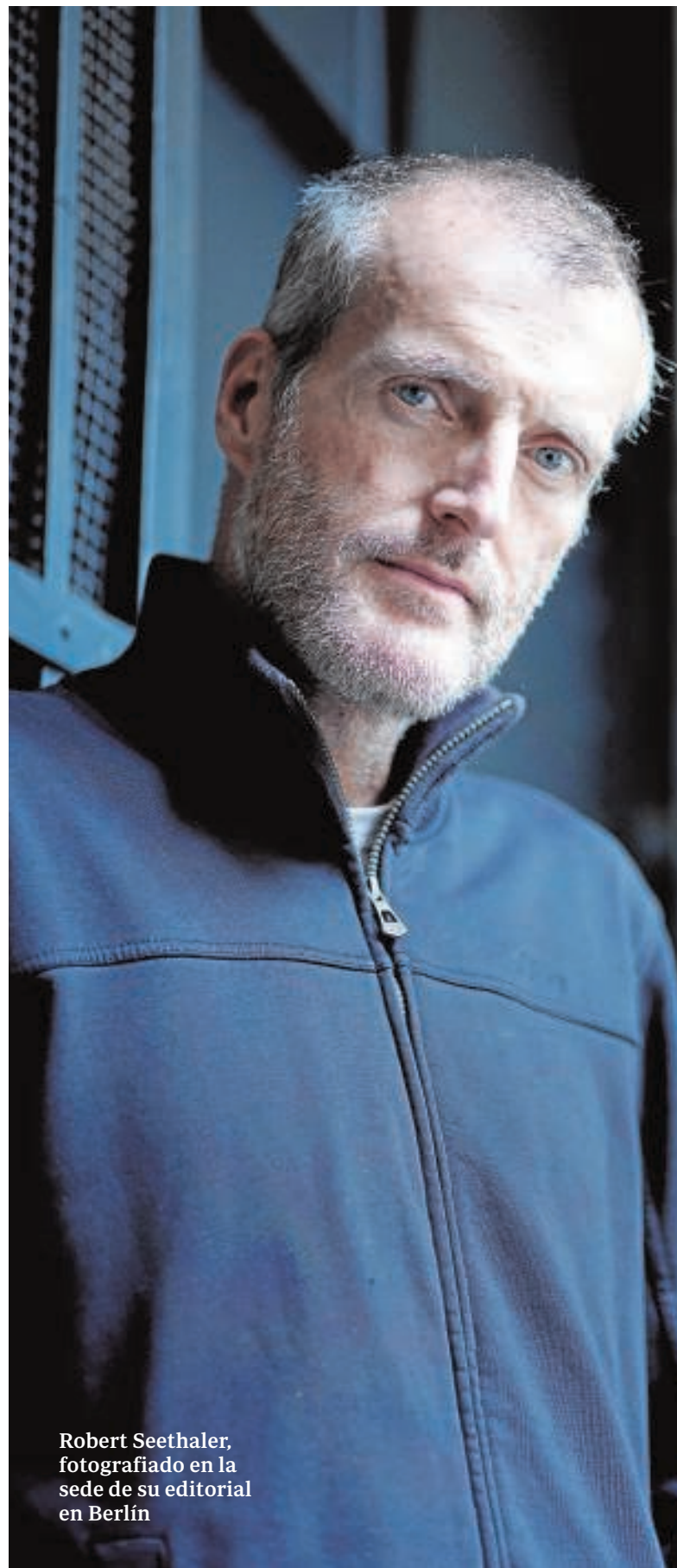
Narrativa
Trad.: A. Guelbenzu
Salamandra
2017
139 páginas
15 euros
★ ★ ★ ★

MERCEDES MONMANY

Símbolo de tantos y tantos eslabones perdidos e ignorados, que pasan por la historia de la Humanidad sin dejar apenas huellas, el protagonista de la delicada y melancólica novela *Toda una vida* del autor austriaco Robert Seethaler parecería cualquier cosa menos novelable. Personaje de una vida discreta y sin estridencias, Andreas Egger, sin embargo, parece haber llevado sobre sus hombros, como muchos otros, todo el peso de su tiempo: un siglo XX, que atraviesa casi de cabo a rabo.

Su historia comienza el día en que, a la muerte de su madre, una «mujer de vida disipada», una carreta lo deja, con muy pocos años, en una aldea perdida de los Alpes. Acogido y semiesclavizado por un tío granjero que lo

muele a palos y lo utiliza como bestia de carga para tareas que sólo podría hacer un adulto, el niño crece entre la fiera de un paisaje de belleza tan desoladora como espectacular. Hijo endurecido de unas montañas que nunca abandonará, desde muy joven comienza a trabajar en la construcción de unos teleféricos que facilitarán la llegada del turismo masivo y de visitantes que cambiarán la faz de aquellas minúsculas aldeas. Solitario, de pocas palabras, pero de una rara y soñadora naturaleza, Andreas se enamora apasionadamente, como sólo se hace en las novelas románticas que él nunca llegará a leer. Cuando la Segunda Guerra Mundial estalle, su país –al que nunca se cita por el nombre– encomendará a Andreas «la honrosa tarea de liberar al Este». Andreas, sobreviviente nato, cumplirá dócilmente con el destino que le ha tocado en suerte. Cuando ya anciano eche la vista atrás pensará que el mayor logro de su vida –el más invisible y secreto para los demás– será que «había conseguido salir adelante». «Seguir allí», a pesar de todo.



Robert Seethaler, fotografiado en la sede de su editorial en Berlín

quedan en lugares remotos figuras tan despiadadas como Kranzstocker [una suerte de padrastro de Andreas Egger]? –(Se queda pensando) El padre bueno no ha sido solo bueno sino también brutal. En la figura de Dios conviven la bondad y la crueldad. La religión no solo produce amor sino también violencia. Austria ha sido un país demasiado católico, ha vivido mucho este tipo de religión que no es solo amable, sino

también implacable. Para mí el tema básico del catolicismo no es el consuelo sino la culpa. **–Andreas Egger sabía hacer muchas cosas con las manos. Su vida fue muy dura, pero se percibe la admiración por esos hombres que sabían hacer cosas útiles. ¿Es así?** –Sí. Toda mi familia es de obreros. Mi abuela era friegaplatos en una cocina, mi abuelo trabajaba en la calle, y mi padre era fontanero.



Memoria natural

«La idea de la memoria que tienen las montañas no es nada esotérico. Tiene un punto de verdad»

La fiebre del turismo

«Es terrible. Odio ser un turista, aunque a veces lo soy. Ser turista es la forma más baja de vivir»

El sentido de la vida

«La vida no tiene sentido, el sentido se lo damos nosotros. No hay una búsqueda, sino una creación»

–¿Qué busca cuando escribe?
¿Qué busca cuando hace cine?

–Estoy buscando la verdad. No es fácil. Pero es lo que estoy buscando, aunque no hay ninguna verdad. Pero es lo que busco sin cesar. No hay una verdad universal. Cada uno tiene su verdad. Y yo estoy buscando la mía en el cine y en la escritura.

–Andreas Egger «sabía que las montañas respiraban». ¿Y usted? ¿Cómo respiran las montañas?

–Sí. Ellas pueden respirar.

–¿Pero cómo?

–Toda la tierra es un organismo que se mueve continuamente y tiene un corazón que siempre está latiendo, por eso no hay separación entre la tierra y las montañas. Es todo uno, un organismo vivo.

–¿Y no añora la montaña aquí en Berlín?

–De vez en cuando, pero no mucho, porque no soy un fanático de la naturaleza. He crecido en Viena. Soy también un animal de ciudad.

–Escribe que para su personaje «las cicatrices eran como los años». ¿Las cicatrices son arrugas con doble carga de memoria?

–No escribo con la intención de hacer una doble carga de sentido, y la interpretación la dejo siempre en manos del lector. La cicatriz es una cicatriz, nada más.

–¿Quién le contrató para levantar teleféricos le dice a Egger que siente la muerte de su esposa, y añade: «pero no me vengas con que tuvo algo que ver con las detonaciones», y unas líneas más abajo añade: «¿O acaso crees que la montaña tiene memoria?». ¿La tiene?

–La idea de la memoria que tienen las montañas y que propone el libro no es nada esotérico, sino que tiene un punto de verdad, porque lo que hacían Bittermann e Hijos y empresas semejantes era echar a perder una parte real de la montaña. Causaban avalanchas que arruinaban el paisaje.

–¿Thomas Matzl, el amigo de Egger, decía que «quien abre la boca cierra las orejas». ¿Comparte esa opinión?

–(Se ríe) Sí, es mi propia opinión. Se habla demasiado en este mundo.

–La novela da un giro sorprendente en su última parte, cuando llegan los turistas para servirse de los teleféricos y las torres levantadas con tanto esfuerzo por Egger y sus compañeros.

–Hay pérdidas y ganancias, pero así es nuestra vida y el progreso ha sido algo muy importante, y no lo quiero denostar porque sin progreso no hay vida.

–En algunas regiones de España hay ahora un incipiente debate sobre los excesos del turismo que degrada las ciudades y la naturaleza. ¿Qué clase de turista es usted y qué sensaciones e ideas le despierta el fenómeno?

–Es terrible, es horrible. Odio ser un turista, aunque a veces lo soy. Ser turista es la forma más baja de vivir. (Y se ríe a carcajadas después de decirlo). No me gustan los turistas, son como rebaños que estropean las ciudades como Berlín o Barcelona. ¿Qué podemos hacer?

–Escribe que «en el fondo los turistas no caminaban tras él, sino en pos de un anhelo desconocido e insaciable», hablando de Egger. ¿Qué buscamos incesantemente? ¿El sentido de la vida?

–La vida no tiene sentido, el sentido se lo damos nosotros a la vida, y por eso no hay una búsqueda sino una creación de sentido. La vida no tiene sentido, es cada uno el que debe dárselo. Y cada uno tiene su propio anhelo.

–La de Egger parece una vida cumplida. Cuando le llega la hora, escribe, «se dejó ir y murió». ¿Es su libro, también, un elogio de la aceptación de la muerte como algo connatural a la vida?

–Mi libro es un libro de esperanza porque me lo han dicho la mayor parte de los lectores. Pero mi intención era solo contar la vida de Egger.

–¿Espera algo después?

–Me gustaría creer.

–¿Quién es Robert Seethaler? (Se queda pensando durante 15 segundos). Es imposible responder a esa pregunta. ¿Podría responder usted?

Colson Whitehead, el cuento de la esclava

«El ferrocarril subterráneo» es una novela nacida para ser libre, y acabar en afamada serie de televisión

El ferrocarril subterráneo Colson Whitehead



Narrativa
Lit. Random House, 2017
320 páginas
18,90 euros
E-book: 9,99 euros
★★★★

RODRIGO FRESÁN

De haber nacido en tiempos aún más oscuros, Colson Whitehead (Nueva York, 1969) hubiese sido celebrado por sus habilidades para sembrar y cosechar con lo que le echasen sus amos y señores y mayores. También, Whitehead habría sido un consumado maestro de la fuga y movimiento constante con admirable capacidad camaleónica. Así –ya desde su debut en 1999, luego de pasar por Harvard y por el *Village Voice* y después de ser certificado como «genio» por la McArthur Fellowship– Whitehead se ha apuntado a todas las correrías posibles. De ahí que hable bien de Whitehead el que haya demorado hasta bien avanzado su trayecto la salida de *El ferrocarril subterráneo*: acaso el más esperable de sus títulos a la fecha. Porque –ganadora del Pulitzer, del *National Book Award* y del *Arthur C. Clarke Award*, finalista para el próximo *Booker*, y futura serie de televisión a ser dirigida por Barry «Moonlight» Jenkins, ganador del último Oscar a la Mejor Película– *El ferrocarril subterráneo* se mueve perfecta y disciplinadamente por firmes rieles ya establecidos para lo que se supone debe de ser una muy *cool* novela racial apta para todo color y humor. De hecho, el peso de tan magnos galardones recibidos no le hace ningún favor a un libro que conviene ser considerado y disfrutado más como extraordinaria narración aventurera que como clásico instantáneo y político y correcto.

EL PESO DE LOS MAGNOS GALARDONES RECIBIDOS NO LE HACE NINGÚN FAVOR A ESTA NARRACIÓN

La protagonista de este otro

cuento de otra criada es la esclava Cora: nieta de la africana Ajarry y abandonada de pequeña por su prófuga madre Mabel (cuyo destino final es uno de los grandes golpes de la trama). Cora –sufriendo lo indecible pero muy escribible en la bestial Hacienda Randall, en la sureña Georgia– y, con la ayuda de César, otro colega de penurias y trabajos, procurando conseguir pasaje en el legendaro y metafórico pero tal vez real tren *underground* hacia la libertad y la justicia. Una línea de abolicionistas que va de casa a casa, pero a la que Whitehead transforma en maquinaria dotada de poderes y facultades entre mágico realistas y delicadamente Philip K. Dick & Margaret Atwood casi proponiéndola como portal a dimensiones paralelas y realidades cambiantes.

Comuna utópica

Cora viaja por túneles y agujeros de gusano recibiendo ayuda ocasional, matando, descubriendo complots esterilizantes, o alcanzando una breve paz en una comuna utópica e inflamable. Y tras sus pasos va siempre el feroz cazador de fugitivos Ridgeway, quien parece brotado de los hornos de la Cormac McCarthy & Co. Y lo de antes: todo en su sitio justo y momento preciso y enganchado a una locomotora de vértigo. El ferrocarril subterráneo es un funcional ingenio talentosamente aceitado y entre algodonos y algodonales. Aunque, por momentos, uno extraña aquí –para citar otras novelas que juegan con la idea del «de época» modernamente– la desmesura

impredecible de un Thomas Pynchon en *Mason y Dixon*, la deconstrucción histórica de un Stephen Wright en *The Amalgamation Polka*, la épica íntima de un E. L. Doctorow en *La gran marcha* o el riesgo formal de un George Saunders en *Lincoln in the Bardo*.

Pero está claro que las intenciones de Whitehead pasan por otras coordenadas: *El ferrocarril subterráneo* quiere ser una especie de *Beloved* de Toni Morrison para el siglo XXI. El paso de las estaciones dirá si alcanza ese destino. Por lo pronto, *El ferrocarril subterráneo* le lleva un *National Book Award* de ventaja a *Beloved*.

CORINA ARRANZ

–¿Qué sabe hacer Robert Seethaler con las manos, además de escribir y de actuar?

–Levantar a mi hijo. Y por mis problemas con la vista a veces intento esbozar algo con las manos en el aire para tener una mejor idea de lo que estoy viendo. –¿Es la misma persona la que escribe novelas y la que actúa? –No hay grandes diferencias. Es la misma persona. Decir lo contrario no es más que una pose, pura coquetería.